

militar, y apuntaló, si es que había alguna vacilación, su relación con los fenómenos extraordinarios.

Al final, tras la lectura del libro, no sacamos la conclusión –yo al menos– de que el emperador Trajano estaba sometido a la cultura de lo supersticioso, mágico o irracional, y que estos fenómenos influían determinadamente en sus actos de gobierno. Al contrario, creo que el panorama que el autor nos presenta es que esos fenómenos (la adivinación, los prodigios, los oráculos y la apocalíptica) estaban presentes en el Imperio romano, en uno u otro rincón del territorio, de forma natural, y que Trajano las toleró, incluso las compartió, las comprendió o las practicó, y, en todo caso, demostró una tolerancia magnánima acorde con la grandeza de su persona.

Por hacer un apunte metodológico, hay que decir que en este libro se percibe la preferencia del autor por los textos literarios e históricos, que maneja espléndidamente, aun los más recónditos o extraños, que, recuperados, se insertan en la gran historia, aportando contrapuntos y llenando huecos, en aval de las hipótesis desplegadas. En todo caso no se renuncia a la epigrafía, a la numismática y al arte (ver, por ejemplo, los relieves “histórico-religiosos” de pp. 26, 76, 84).

En consecuencia, este libro nos aporta la percepción que tenía Trajano, y los intelectuales de su tiempo, acerca de estos fenómenos extraordinarios, unos asumidos como parte ya de la religión romana tradicional (el anuncio de los *omina imperii*, los augurios, los auspicios, la práctica haruspical), y otros marginales o para-religiosos a la esencia de la religión romana tradicional (oráculos y apocalíptica); y, del mismo modo, esta obra completa estupendamente el retrato que hasta ahora teníamos de Trajano y de la historia de Roma en su Siglo de Oro.

Sabino Perea Yébenes

**PEREA YÉBENES, Sabino *Mitos griegos e historiografía antigua*, Sevilla (Padilla libros Editores & Libreros) 2000.**

Un nuevo libro viene a enriquecer la incansable y fértil producción del Dr. Perea Yébenes, cuyo contenido –como es habitual en él– conjuga admirablemente su preocupación por el mundo de la religión / mitología y sus afanes historiadores. Y ello se refleja en el título mismo de esta obra que ahora comentamos. El contenido de la misma son doce estudios a primera vista muy diversos, pero que pueden reducirse a un planteamiento y a un hilo argumental susceptible de ser estructurado en tres apartados. En el primero de ellos se aborda el análisis de determinadas fuentes antiguas, fundamentalmente escritas (Homero, Polibio, Fedro, Luciano), ejemplificadas luego en el estudio de un tema concreto (la temporalidad) y en el examen de las propuestas interpretativas y de la praxis que algunos autores modernos (Chadwick, Meyer, Momigliano) han llevado a cabo en el manejo de los datos extraídos del legado antiguo. Un segundo apartado estaría integrado por dos estudios concretos que vienen a mostrar de manera práctica cuál es el método específico que Perea Yébenes aplica. Y, en fin, un tercer apartado que atiende a la manifestación, esta vez en el arte, de temas religioso-mitológicos, tomando como motivo un autor moderno (Dimitrov, a propósito de Asclepio) y un antiguo bronce romano que representa a Eros. Sin embargo,

esta estructura organizativa no se evidencia (ni tiene por qué hacerlo) en el orden en que se presentan los doce trabajos que integran el libro. Empero, a medida en que avanza en su lectura el lector irá descubriendo el motivo que llevó al autor a ordenar esos diferentes estudios en la forma en que lo ha hecho.

Después de un breve, pero enjundioso prólogo (pp. 11-12) a cargo del prestigioso historiador D. José M<sup>a</sup> Blázquez (de la Real Academia de la Historia y Catedrático Emérito de Historia Antigua), el primero y más corto de los estudios lleva por título "Homero y Micenas" (pp. 13-20). Son apenas media docena de páginas, pero suficientes para anunciar la tesitura de toda la obra tomando para ello como piedra de toque *El mundo micénico* de J. Chadwick a quien critica por sacar conclusiones a partir de las tablillas Lineal B no por deducción, sino por inferencia y analogía de épocas posteriores, sobre todo de la denominada 'civilización micénica'. La postura de Perea Yébenes (un historiador, no lo olvidemos, que va a fijar su mirada en textos escritos) es meridiana cuando afirma (p. 13) que la obra de Chadwick es propia de un filólogo, no de un historiador, por atreverse "a levantar un edificio histórico del que sólo debería ser colaborador". En lugar de limitarse a reconstruir la época hasta donde es factible a partir de las tablillas micénicas, Chadwick busca datos en otras fuentes de información en épocas posteriores y los transvasa a aquellas otras más pretéritas, obteniendo así un cuadro falseado. "Mi opinión –se dice en la p. 17– respecto a que Chadwick toma algunos modelos posteriores para reconstruir aspectos del mundo micénico atañe a una cuestión de metodología de la historia... Mi crítica a este libro es que prácticamente todo él es analógico: intenta reconstruir el mundo micénico con palabras y etimologías griegas, forzando un innecesario viaje en el tiempo", al elaborar su discurso histórico acerca del mundo micénico basándose abusivamente en los poemas homéricos. Dicho de otra manera: lo que Perea propone es sobre todo dejar hablar a los textos; los recursos comparativos (con otros textos, con restos arqueológicos, con datos antropológicos) deberán hacerse a posteriori dentro de unas estrictas coordenadas. Sobre ello se volverá después.

El segundo estudio, "Gorgo, Perseo y la conquista mítica del Mediterráneo occidental" (pp. 21-65), así como el tercero, "Las Grayas y las columnas de Hércules. Una lectura antiheroica de la colonización griega según el *Libro de las cosas increíbles de Paléfato*" (pp. 67-101) giran en torno a un episodio de la leyenda de Perseo. De la unión de Ponto y Gea nacieron varios hijos e hijas, entre ellos un varón, Forcis, y una hembra, Ceto. Las relaciones incestuosas entre éstos dos hermanos dieron como fruto una descendencia monstruosa: seis hijas en dos grupos de tres: las Grayas y las Gorgonas. Las primeras serán motivo de un estudio; las segundas, particularmente Medusa, la Gorgona (o Gorgo) por antonomasia, lo serán del otro. En éste último se analiza la figura de Gorgo, su procedencia oriental, las representaciones que tuvo en época arcaica, clásica y helenística, y los posibles significados míticos, para después pasar revista a las interpretaciones antiguas y modernas y delimitar la función social e histórica de Gorgo y su relación con la figura de Perseo. En opinión de Perea (pp. 64-65), las interpretaciones del mito llevadas a cabo a lo largo del siglo XX han incidido sobre todo en sus aspectos simbólicos, en su origen, en la función psicológica o en los aspectos artísticos, pero han descuidado singularmente la perspectiva de la función social. Y es ésta su propuesta: "Los mitos heroicos no son propiamente históricos, pero su mecanismo argumental se basa en arquetipos y repeticiones lógicas que pueden corresponder en gran medida a comportamientos y realidades históricas, realida-

des que en un primer momento intentaban idealizar y enmascarar con los relatos legendarios que actuaban como aparatos (más o menos in/conscientes) de propaganda y de engaño, y que después, fuera del contexto de expansión colonial arcaica que les corresponde, quedarían simplemente como actos heroicos de los antepasados en cuya memoria intachable todos se reconocían, y cuyos verdaderos motivos, por eso mismo, a nadie interesaba desentrañar". Es decir: este mito reflejaría la expansión griega por el Mediterráneo.

Ello se evidencia aún mejor en el otro estudio, sobre las Grayas, en relación con Perseo y las columnas de Hércules, a partir del meticuloso comentario que Perea hace del capítulo XXXI del *Libro de las cosas increíbles* de Paléfato, iconoclasta y poco conocido autor del siglo IV a.C. que, antes que Evémero, se entregó a la tarea de racionalizar los mitos. En su relato, basado en el tradicional episodio de Perseo y Gorgona, Paléfato "desmontó la literatura urdida en torno a estos personajes mostrando a Perseo como un antihéroe" (p.68), horro de cualquier atributo divino, al tiempo que en la narración emergen algunos mecanismos relativos a las exploraciones griegas (¿y colonizadoras?) durante la llamada época heroica y la arcaica.

El cuarto estudio, "La noción de 'ciclo cultural' en la obra histórica de Eduard Meyer" (pp.103-115), expone los planteamientos de este historiador de comienzos del siglo XX. Para Meyer, "la verdadera misión del historiador no consistirá únicamente en una exposición de hechos narrados de forma más o menos cronológica, sino en descubrir en ellos, a través de ellos, las leyes generales de la vida humana, es decir, *procesos* concretos" (p.103). Bajo este planteamiento voluntariamente antropológico, los hechos hallarían su natural ensamblaje dentro de un proceso visto como una necesaria concatenación de causa y efecto repetida de manera constante e inmutable. Imbuido del determinismo positivista del siglo XIX, sus planteamientos giraban en torno a tres ejes: a) el carácter casual de los acontecimientos mismos; b) la libre voluntad del hombre como 'hacedor de historia'; y c) la importancia de las ideas contemporáneas de los hechos que determinan la conducta histórica. Y frente a la individualidad de ese *homo historicus*, el protagonismo de la colectividad (p.104). Para Perea Yébenes (p.114), "la gran aportación de E. Meyer a la historiografía moderna se centra *primero* en el hecho de haberse planteado una teoría de la historia que diera marco a sus investigaciones, de modo que no fuera una historia escrita por filósofos (vgr. Montesquieu), sino al contrario, obra de historiadores con un *corpus* ideológico-filosófico propio, con una concepción de cultura y una visión del hombre... propia de un historiador. En *segundo* lugar, haber llegado, como en la teoría etnológica de los ciclos de cultura del padre W. Schmidt, a una concepción universalista de la historia, totalizadora, que trata de exponer (ése es quizá su gran fallo: sólo 'exponer') con el mayor número de pruebas posibles para demostrar que el hecho es 'realmente histórico', para lo que se recurre a campos tan especializados, tan complejos y difíciles como la epigrafía, la filología o la arqueología, lo que le dota desde luego de una envidible erudición enciclopédica". Quizá el recurso a enfoques tan diversos y a ciencias tan variadas pueda parecer exagerado al historiador, pues, como se afirma en la p.115, "las aportaciones mutuas de la etnología y la historia no han rendido al cien por cien. Ambas disciplinas han seguido caminos distintos, aunque a veces se hicieran incursiones la una en la otra para tomar prestados teoría y métodos"; para terminar con una frase que subscribimos en toda su extensión: "En el ámbito de la fenomenología religiosa, creo yo, es donde el método etnológico y el histórico tienen mayores con-

tingencias y son útiles al investigador". Y si lo subscribimos es porque ésa era de las facetas que proponíamos en nuestra tesis doctoral (hoy en prensa): el estudio de la religión antigua (concretamente, en nuestro caso, de la religión romana) debe plantearse desde tres frentes conjuntos, como son el de la filología (partimos de textos escritos), el de la historia / arqueología (el análisis de los restos materiales) y el de la antropología (la comparación con hechos dentro del ámbito propio del mundo indoeuropeo y con las pertinentes cautelas).

El quinto estudio, "El tiempo imperioso del mundo. La temporalidad en los historiadores griegos y romanos" (pp.117-162), viene a ser una reflexión teórica sobre la categoría 'tiempo' (mejor, temporalidad) en la historia y en los historiadores antiguos, desde el momento en que 'teoría' y 'hechos' son inseparables y necesarios en Historia. Se analizan los conceptos de tiempo mítico, tiempo histórico y tiempo filosófico, y se pasa revista a sus manifestaciones en historiadores antiguos (Herodoto, Tucídides, Éforo y epígonos latinos), para desembocar en un modelo explicativo de la temporalidad en los historiadores antiguos y sus posibles implicaciones ideológicas en los planteamientos de Arnaldo Momigliano, autor que será luego motivo de atención en el octavo estudio.

El sexto estudio, "Polibio de Megalópolis historiador" (pp.162-200) es un meticoloso análisis de la doctrina historiográfica de este autor: antecedentes, semblanza biográfica, marco histórico, transmisión textual, composición, estructura, fuentes, técnica narrativa y método historiográfico, con un pequeño apéndice sobre la visión polibiana de Hispania y sobre los seguidores de su metodología. Para Perea, "la gran contribución de Polibio al pensamiento historiográfico de la Antigüedad, su gran *renovación*, fue concebir la Historia universal de forma global, orgánica, de una manera que se aproxima a las actuales concepciones estructuralistas. Pero ese empeño de globalidad no era posible hasta la aparición de Roma en el ámbito mediterráneo y su dominio, ya que antes de ello los hechos, separados geográficamente, no tenían ningún hilo de conexión".

El séptimo estudio, "Tiempo histórico y tiempo mesiánico en la historiografía cristiana (Agustín de Hipona)", (pp.201-230) viene a completar el estudio quinto añadiendo a los planteamientos griegos y romanos aquellos otros del cristianismo, planteamientos que, consecuentes en la cronología, no son, sin embargo, efecto de los anteriores postulados historiográficos: "Más que una reacción contra la noción pagana de tiempo es la afirmación de una temporalidad distinta, contraria a la noción de tiempo, pendular, cíclico, recurrente, etc." (p.223), emparentada con la religión y la filosofía, e inserta en un contexto preciso en que se combinan poder político, liturgia, moral y religiosidad.

El octavo ensayo, "Arnaldo Momigliano y el estudio de las religiones" (pp.231-253) vuelve a retomar la figura del erudito italiano para ofrecernos de él una semblanza biográfica, una aproximación a sus planteamientos sobre la investigación religiosa y una detallada bibliografía de sus trabajos sobre el tema.

Los trabajos noveno y décimo, respectivamente titulados "Autor y texto en la fábula de Fedro" (pp.255-266) y "Una lectura de Luciano de Samosata: la *Prolalia* Hércules" (pp.267-176) son dos breves acercamientos a un autor latino y a otro griego que revelan que el humor no es en ellos mero recurso literario, sino una forma de crítica y de autocritica que enmascara burlescamente la personalidad del autor y distorsiona la imagen que de la realidad nos ofrece. Así, en Luciano, transgresor consciente

del discurso mítico, es preciso en todo momento reconstruir la imagen que se refleja en el espejo convexo o cóncavo de sus palabras.

La obra de Perea se cierra con dos pequeños y eruditos apuntes: "Asclepio – la serpiente celeste" (pp.277-285) y "Eros, el auriga del alma" (pp.287-296). El primero de ellos interpreta una ilustración del artista búlgaro Nikola Dimitrov que representa el viaje celeste de Asclepio y su encuentro con el centauro Quirón. Perea pasa revista a los aspectos del mito, al significado de los símbolos asclepiadas, a la figura de Quirón, y al relato que narra cómo Asclepio, fulminado por Zeus, experimenta una apoteosis convertido en la constelación del Serpentario. El otro trabajo versa sobre una fálera circular en bronce expuesta en la Galerie Blondel-Deroyan de París y representando un Eros auriga de dos caballos (*biga*). Después de una descripción de la pátera (el bronce iba pegado en el fondo liso de un plato), se abordan tres apartados: Eros, delicia del arte y de la literatura; Eros, el auriga maravilloso; Eros victorioso, conductor de las almas.

Llegado a este punto el lector, fascinado por el maravilloso espectáculo que ha visto desfilar ante sus ojos, se entrega a la meditación de las ricas y originales propuestas interpretativas que el Dr. Perea Yébenes ha plasmado en estas páginas. Sólo lamenta un detalle (sin duda intrascendente y ajeno al autor) de carácter material: algunas erratas, todas ellas en palabras latinas, deslizadas subrepticamente en contadas páginas. Helas aquí, sin que ello menoscabe un ápice de la magnífica obra que acabamos de comentar: p.46 *pareterea* por *praeterea*, *inforibus* por *in foribus*; p.69 *fatasse* por *fortasse*; p.138 *trensactum* por *transactum*; p.225 *Quantitae* por *Quantitate*, *Fortunatum Manichaeus* por *Fortunatum Manichaeum*; p.226 *Expositio epistola* por *Expositio epistulae*, *redibus* por *rudibus*, p.229 *Peligionorum* por *Pelagianorum*, *mortius* por *mortuis*, *Quodvuldeum* por *Quodvultdeum*.

Mónica Marcos Celestino

**PEREA YÉBENES, Sabino** *El sexo divino. Dioses hermafroditas, bisexuales y travestidos en la antigüedad clásica*, Madrid (Aldebarán) 1999, 256pp.

Tenemos en nuestras manos una nueva obra del infatigable estudioso del mundo antiguo que es Sabino Perea, Doctor en Historia Antigua por la Universidad Complutense. Especialista en el conocimiento del ejército romano (motivo de su tesis doctoral, por la que el año 1996 obtuvo el premio 'Fundación Pastor' de Estudios Clásicos), experto también en epigrafía latina y griega, siente una particular atracción, a tenor de sus últimas obras publicadas, por todo cuanto se refiere al mundo religioso de Grecia y de Roma.

El libro que motivan las presentes líneas aborda un argumento sumamente atractivo, susceptible incluso de ser considerado como tema de indudable actualidad: la sexualidad en su vertiente 'no natural' como es el bisexualismo. Pero una sexualidad cuyos sujetos estarán situados en una dimensión superior a la humana. Ello implica, de entrada, delimitar y concretar lo que por 'bisexual' va a entenderse en este estudio, motivo por el que el capítulo I llevará el título de 'Unos conceptos'. En él (p.11) se acota el significado del término: 'bisexual' no comportará la actual idea de 'persona que mantiene relaciones indistintamente con una persona de su propio sexo o del con-